



JOSEFINA ESTRADA

Selección, edición y presentación

# LOS FUEROS DE LA MUERTE



Universidad Autónoma del Estado de México

## LOS FUEROS DE LA MUERTE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca  
*Rector*

M. en S.P. María Estela Delgado Maya  
*Secretaria de Docencia*

Dr. en C.I. Carlos Eduardo Barrera Díaz  
*Secretario de Investigación y Estudios Avanzados*

Dr. en C.S. Luis Raúl Ortiz Ramírez  
*Secretario de Rectoría*

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz  
*Secretario de Difusión Cultural*

M. en C. Jannet Valero Vilchis  
*Secretaria de Extensión y Vinculación*

M. en E. Javier González Martínez  
*Secretario de Administración*

Dr. en C.C. José Raymundo Marcial Romero  
*Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional*

M. en L.A. María del Pilar Ampudia García  
*Secretaria de Cooperación Internacional*

Dra. en D. Luz María Zarza Delgado  
*Abogada General*

Lic. en Com. Gastón Pedraza Muñoz  
*Director General de Comunicación Universitaria*

M. en R.I. Jorge Bernaldez García  
*Secretario Técnico de la Rectoría*

M. en A.P. Guadalupe Santamaría González  
*Directora General de Centros Universitarios  
y Unidades Académicas Profesionales*

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla  
*Contralor*

## LOS FUEROS DE LA MUERTE

JOSEFINA ESTRADA  
Selección, edición y presentación



Universidad Autónoma del Estado de México

“2018, Año del 190 Aniversario de la Universidad Autónoma  
del Estado de México”

Primera edición, abril 2018

LOS FUEROS DE LA MUERTE

Josefina Estrada

*Selección, edición y presentación*

José Edgar Miranda Ortiz

*Coordinador de la Colección Volar Joven*

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Reconocimiento 4.0 Internacional.

Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Estrada, Josefina (selección, edición y presentación) (2018), *Los fueros de la muerte*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN de la Colección Volar Joven: 978-607-422-931-8

ISBN de *Los fueros de la muerte*: 978-607-422-932-5

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*

Prólogo	9
Presentación	13
De cuerpo presente	
<i>Francisca Ariadna Ortiz Reyes</i>	21
Azares del destino	
<i>Olivia Hernández Guadarrama</i>	37
Dos veces desaparecido	
<i>Olivia Hernández Guadarrama</i>	43
Mañana nos vemos	
<i>María del Pilar Tapia López</i>	49
Pasar el río	
<i>José Luis Vilchis García</i>	55
La desnuda luz de lunita	
<i>Anónimo</i>	65

## PRÓLOGO

*Hacemos el balance de nuestra vida, pero sabemos que el verdadero fiscal es la muerte y que su veredicto lo conocemos de antemano. Compañera final e inevitable. Pero, amiga o enemiga.*

CARLOS FUENTES

La literatura nos lleva a un encuentro con lo inesperado, con lo subyacente en la mente de quien escribe y que se torna en revelación para el lector; sin embargo, escribir bien es una disciplina, un conocimiento que requiere pasión y compromiso. El arte de contar historias es el secreto de la comunicación que persuade y atrae la atención.

Hay sin duda un propósito didáctico y formativo en el fomento de la literatura, actividad que tiene en la lectura su más fuerte pilar. El estímulo a la creación literaria entre los universitarios pareciera tarea fácil, pero no es un proceso sencillo y requiere el apoyo y la guía del escritor experimentado.

Así, Josefina Estrada, reconocida y laureada cuentista, novelista, cronista, periodista y editora con una ya copiosa obra realizada –*Señas particulares, Te seguiré buscando, Desde que Dios amanece, Virgen de medianoche, Con la rienda suelta, Piel bandida*, entre otros textos–, acude a las aulas de la Universidad Autónoma del Estado de México para darse cita con personas motivadas por el deseo de ir más allá de la práctica cotidiana de leer.

*Los fueros de la muerte* es resultado del taller impartido por Josefina Estrada en la Facultad de Artes y en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, con motivo del programa “Abril Mes de la Lectura” 2016. El título no es gratuito, nos aproxima al privilegio que tiene la muerte de presentarse en cualquier momento, sin importar circunstancias, tiempo ni lugar; no tiene más ley o código que arrebatarse la vida, truncando amores, compromisos, deseos e ilusiones. De eso trata la selección de relatos que se presentan en este volumen, la impronta que deja en los sobrevivientes la llegada de la muerte.

Los relatos de *Los fueros de la muerte* dan cuenta del esfuerzo realizado para que los participantes en el

taller aclararan en su memoria experiencias y sucesos fatales, sus detalles y consecuencias. Prevalece entonces el contexto de quien ha sido testigo y narra su experiencia de frente al suceso, con estremecimientos, sensaciones y pudores propios.

En el acercamiento personal que hace el colectivo de participantes en torno a la muerte hay un elemento unificador que hilvana historias diferentes. Así, la muerte, principio recurrente y origen de la religiosidad y el ritualismo, se convierte en tema de trabajo. La impronta de coexistir con la muerte a corta distancia, partiendo de hechos reales, con deliberada intención testimonial, instiga a reflexionar sobre el modo que enfrentamos el ineluctable destino. Las narraciones de este libro invitan a replantear la forma en que aquilatamos los instantes, nuestras perspectivas del tiempo, la forma en que se otorgan atribuciones misteriosas o respuestas para enfrentar o mitificar la fatalidad.

Cargados de la subjetividad propia del narrador, los relatos dan cuenta del esfuerzo para perfeccionar sus capacidades expresivas e impregnar a la observación de sensibilidad estética. La posibilidad de relatar



acontecimientos cercanos o experimentados por uno mismo, abren la puerta hacia la literatura vivencial.

Debemos reconocer en los trabajos del taller, primeros trazos de historias que pudieran ser más complejas y elaboradas. Pero aun así, se observa la valentía de elaborar un primer texto, de compartir sin temor lo escrito, haciendo visibles recursos literarios aún en ciernes. A fin de cuentas, escribir, corregir y volver a corregir, es la loza de quien se atreve a transitar los caminos de la palabra escrita.

Aceptar la vivencia literaria y convertirse a sí mismo en laboratorio de creación; acercarse al conocimiento del fenómeno de integración que precisan personajes, tiempos, espacios, lenguajes, que con el paso del tiempo coexistirán en su interior, son, sin duda, aprendizajes centrales del escritor principiante. 🌿

Doctor Alfredo Barrera Baca  
RECTOR

## PRESENTACIÓN

### CRÓNICAS DE ABRIL

Las tres definiciones más comunes de la crónica son: la crónica es el género más literario del periodismo. La segunda: crónica es la narración cronológica de un acontecimiento, de principio a fin. Tercera: es una nota de color. Estas definiciones nos acercan a las principales características de la crónica: un suceso ceñido en el tiempo y en el espacio, escrito literariamente y, por ende, es una narración vívida.

Así, los colores de la crónica dependen de la maestría del autor para reflejar los destellos de una realidad que a simple vista parece común y grisácea. Un cronista debe apegarse a la realidad que lo circunda, no puede inventarla tal como lo hace un literato, quien debe escribir con verosimilitud, pero no necesariamente con la verdad.

Con lo anterior puede deducirse que la crónica es la manera personal que tiene el autor para describir su entorno. Por ejemplo, si revisamos las notas periodísticas que se suscitaron a raíz del terremoto del 19 de septiembre de 2017, observaremos que todos los periódicos coincidieron en los datos fundamentales. En la mayoría encontraremos los boletines de prensa emitidos por las diferentes secretarías y departamentos. Cada uno señalará, de acuerdo con su ramo, los daños y las medidas que el estado de emergencia demandó. Las notas exclusivas de los diarios son las entrevistas, reportajes y testimonios... En la mayoría de ellos encontraremos una crónica. Los sobrevivientes narrarán su tragedia desde el inicio de la catástrofe. Las horas trágicas serán recordadas por el resto de su vida. A todo el que quiera oírle le repetirá su historia, su crónica. De este modo, de manera natural, todos somos cronistas o narradores orales. Por supuesto, cuanto mayor sea nuestra capacidad de expresión, mayores elementos descriptivos conseguiremos.

La primera cualidad del cronista es saber escuchar, mirar y callarse: permitir que los demás hablen para que

él pueda oírlos y, posteriormente, refleje el habla, los modismos y los giros del español de su tiempo.

La crónica es el género periodístico más literario del periodismo; por ello, posee vasos comunicantes con el lenguaje narrativo. Para plasmar la realidad, el periodismo literario echa mano de las técnicas del cuento y la novela. De ahí que pueda escribirse una crónica en primera, segunda o tercera persona, con suspenso y describiendo a personajes y atmósferas. Y se cuenta una historia, ineludiblemente. Puede narrarse en estricto orden cronológico, pero también desde el final o por la mitad. Cuando la crónica es de excelente factura parece literatura. La crónica siempre se escribe desde el punto de vista del autor; por lo tanto, es parcial.

Cuando imparto el taller de crónica, los integrantes suelen dudar de su capacidad para escribir este género. Consideran que su entorno es intrascendente. Buena parte de mi trabajo es descubrirles el vasto universo de la crónica. Mis empeños se centran en ir minando sus inseguridades y asegurarles de que todos tenemos la capacidad de contar una historia. Basta que un suceso, por pequeño que sea, nos rompa la rutina para que surja la historia.





Y así, voy dando principios para alertarlos sobre dónde están los temas de la crónica. Les señalo que el tema mayor de los géneros literarios es la muerte. Sabedores de nuestro paso temporal en la tierra a todos nos concierne. Por eso, en toda muerte hay una crónica. No necesariamente tiene que ser una muerte violenta, sino que puede ser la de nuestra mascota o el fallecimiento de un ser querido, en su cama y en paz.


En los dos talleres de crónica intensivos que impartí en la Universidad Autónoma del Estado de México, enmarcado en las actividades de Abril, mes de la lectura, 2016, se planteó la posibilidad de publicar en un blog las mejores crónicas. La mayoría de los alumnos aseguró que me haría llegar su mejor crónica. Pero sólo recibí las crónicas que integran este libro. Curiosamente, el hilo conductor de todas es la muerte.

Otra de las características de la crónica es su carácter de surtidor de valiosas fuentes para los investigadores de la historia cotidiana, política, socioeconómica y cultural de un país. *Los fueros de la muerte* es río que habría desembocado al mar de historias que se hubiesen perdido

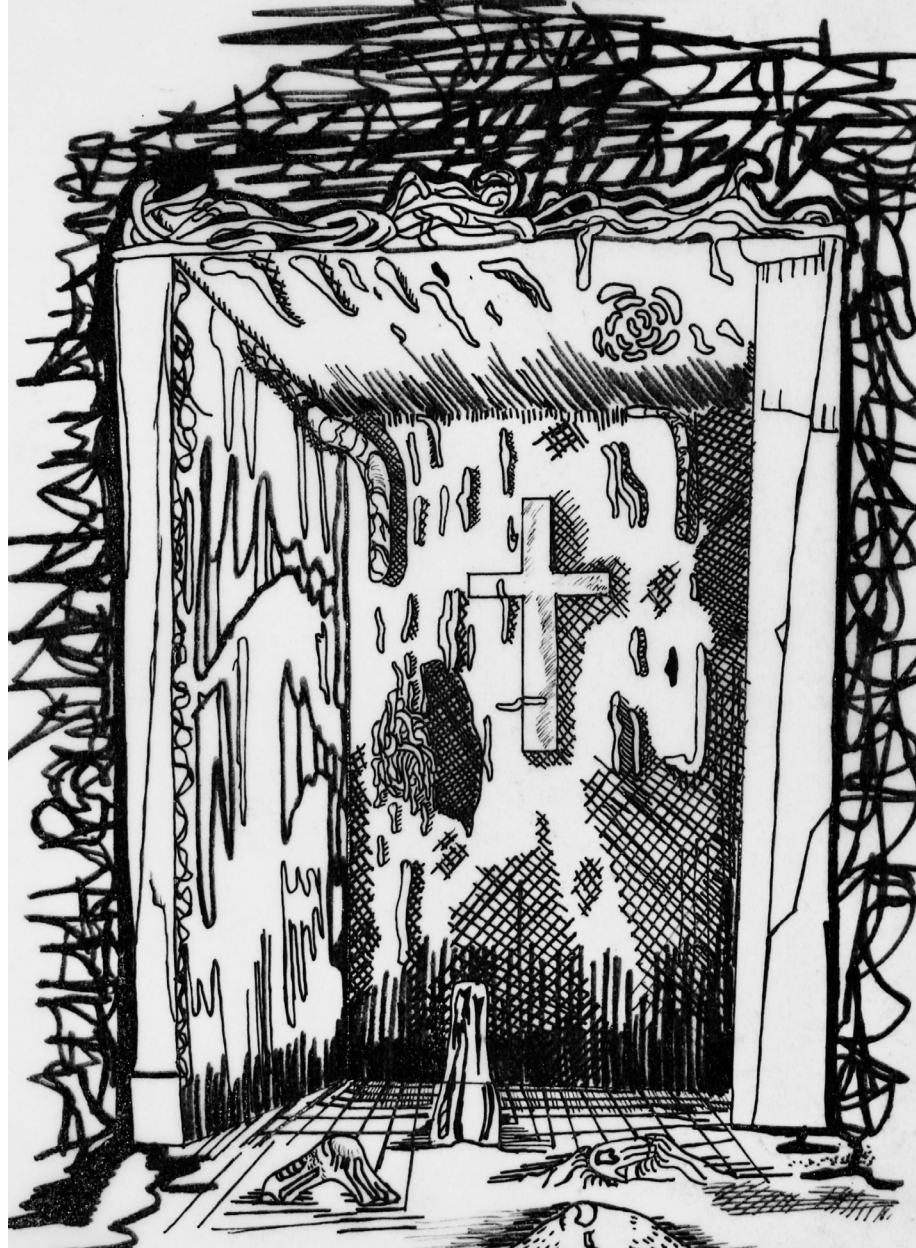


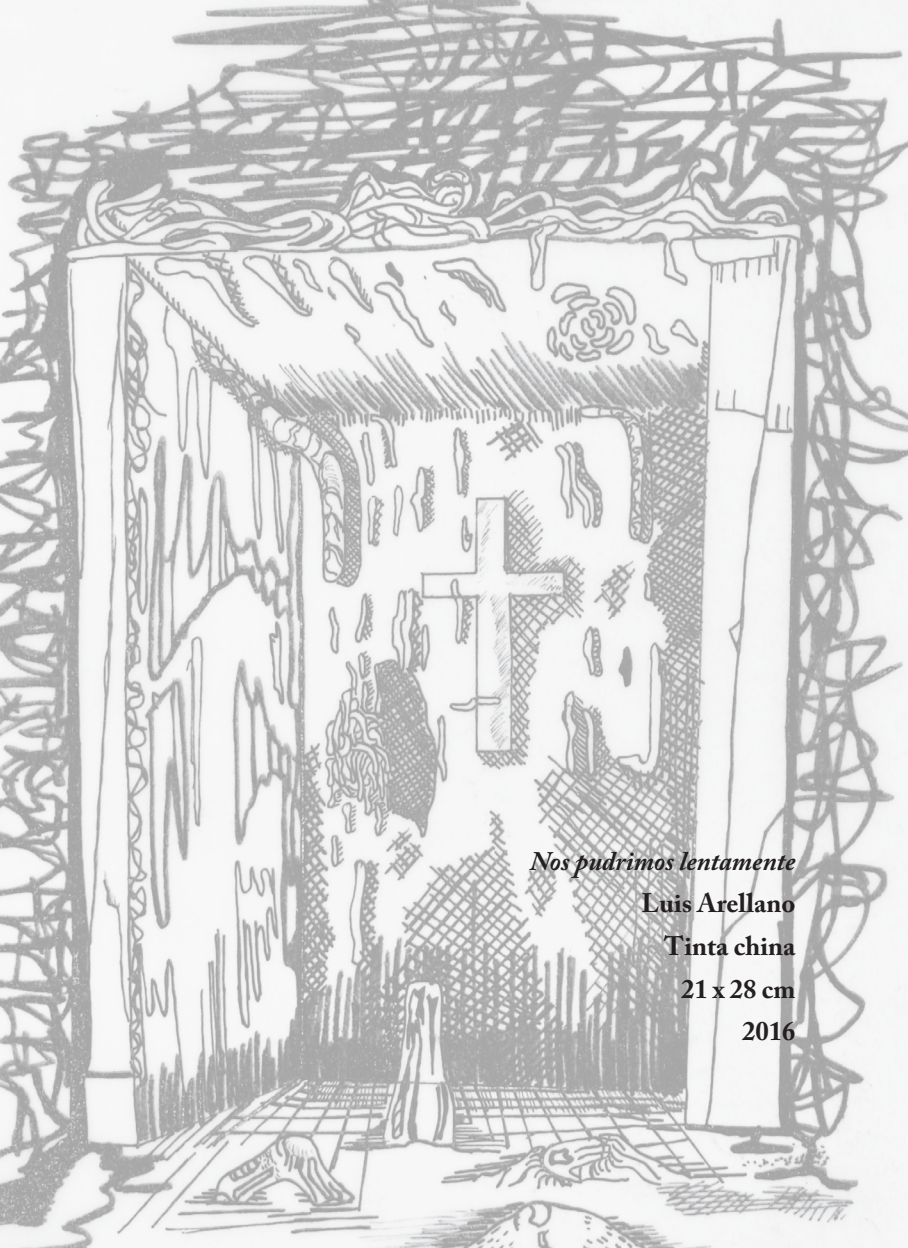
si sus autores no hubiesen confiado en su habilidad para escribirlas, para inmortalizarlas.

Vivimos una época de sangre y fuego, y todos podemos escribir esa historia que un día integrará la gigantesca biblioteca de la violencia: un antídoto para curarnos de la impotencia para vencer el miedo y contar esas historias que violan la paz social y emocional.

El conmovedor interés de alumnos y profesores de la Universidad Autónoma del Estado de México por escribir crónica está ampliamente gratificada con la publicación en papel de este libro que el lector tiene en sus manos, el cual cumplirá su círculo virtuoso cuando este escriba su *crónica de abril*. 

Josefina Estrada





*Nos pudrimos lentamente*

Luis Arellano

Tinta china

21 x 28 cm

2016

## DE CUERPO PRESENTE

*Francisca Ariadna Ortiz Reyes*

La noche del domingo 28 de julio de 2013 sonó el teléfono.

—¿Está Gustavo contigo? —reconocí la voz angustiada de mi hermana.

—No.

—Pensamos que estaba contigo. No lo encontramos desde el jueves.

—¿Y por qué no me habían dicho nada?

—¡Por favor, ayúdame a buscar a mi hijo!

—Pero si está trabajando en Canadá.

—No. Regresó el jueves. Vino acompañando el cadáver de su amigo el Cuyo... ¿Te acuerdas de él? Es de la familia Daiz.

—No lo ubico. Pero, ¿qué pasó? Explícame.

—El Cuyo falleció de un aparente paro cardíaco mientras trabajaba en el campo en Canadá. A Gustavo

le dieron permiso para que acompañara el cuerpo y lo entregara a su familia. Llegó el jueves por la noche; nosotros no sabíamos nada.

—Mamita, se murió mi amigo el Cuyo. Vengo a entregar su cuerpo. ¡Abrázame!, dijo Gustavo cuando llegó a casa y lloró muchísimo; entró en *shock*. No sabíamos cómo calmarlo —mi hermana rompió en llanto—. Mañana te llamo. Vamos a seguir buscando —y colgó.

Gustavo era el hijo mayor de mi única hermana. Era un hombre alto, blanco, reservado, trabajador, hermético, explosivo, pero muy noble, parecido al actor Tom Hanks. No había concluido los estudios universitarios, y eso le dificultaba conseguir empleo. Hacía más de tres meses que, por cuarta ocasión, iba a trabajar como empleado agrícola a Canadá. No quería dejar Amecameca. Lamentaba alejarse de su hermano Humberto, de sus padres y, sobre todo, de Magali, su novia, a quien Gustavo le enviaba dinero mensualmente, porque estaban ahorrando para su boda.

Esa noche no pude dormir pensando dónde podía estar mi sobrino. Traté de comunicarme con él a su

celular, pero de inmediato me enviaba a buzón. Al día siguiente llamé a mi hermana para darle una serie de lugares donde probablemente Gustavo podría estar.

Pasaron los días. Los amigos, familiares y conocidos nos dimos a la tarea de buscarlo. No pude involucrarme al cien por ciento porque resido en Toluca, y mi familia primaria, en Amecameca. Mi hermana puso allá la denuncia correspondiente ante la Subprocuraduría de Justicia del Estado de México. De entrada, las autoridades descalificaban el hecho y lo minimizaban.

—Señora, no podemos levantar su denuncia porque seguramente su hijo anda ahogado de borracho en Acapulco.

Después de una semana de su desaparición, la autoridad aceptó iniciar una carpeta de investigación. Mi sobrino fue un número más en la larga lista de desaparecidos. Fui la encargada de realizar el trámite en línea para subir su fotografía en el portal de la Procuraduría del Estado, en el área de personas desaparecidas, no localizadas, extraviadas y ausentes.

Mi hermana inició una novena y todos rezaban por las noches para que apareciera sano y salvo. Además,





prometió diversas mandas a todos los santos; incluyendo al Señor del Sacromonte, santo patrono de Amecameca. Todos los días estuvimos en contacto telefónico, intercambiando ideas e imaginando escenarios. Nadie se atrevió a tocar el tema de la muerte.

La mañana del 19 de agosto estaba desayunando en la cafetería de la Facultad. Sonó mi celular.

—Doña Ari. Al parecer ya encontraron al Gus. ¿Puede venir a Ameca, por favor? ¡Está muerto! —dijo Luis, mi sobrino político.

Sentí que mi cabeza ardía. La vista se me nubló y un temblor se apoderó de mí. Las lágrimas y los recuerdos se agolparon. Mi querido Gus estaba muerto. Él había sido mi compañero de juegos; los ocho años de diferencia de edad nos habían permitido una convivencia muy estrecha.

El camino a Amecameca me pareció eterno. Al llegar a la Subprocuraduría encontré a mi hermana destrozada, abatida. Estaba sentada en la sala de espera. Corrí hacia ella, nos abrazamos y lloramos.

—Creo que ya encontraron a mi hijo. Acabo de identificar su celular y sus llaves. Pero no quieren que

identifique sus restos porque dicen que no lo voy a aguantar. Tú puedes apoyarme, por favor. El papá de Gus está enfermo y no creo que aguante el golpe.

Una tremenda opresión en el pecho y un enorme nudo en la garganta me impedían articular palabra. Mi mente era un caos; sentía un enorme peso sobre mis hombros. Empecé a sentir que flotaba. No entendía lo que me decía. Llegó mi mamá, quien pese a sus setenta años, tuvo la fortaleza para consolarnos. Nos abrazamos las tres hasta hacernos daño.

La legista salió de su oficina y nos dijo que la noche anterior un campesino se había acercado a la Subprocuraduría para reportar que sus perros habían hallado restos humanos. Ella había acudido a levantarlos. Pedía que un familiar hiciera el reconocimiento oficial; sugería que no fuera la madre ni el padre.

Acordamos que mi sobrino Humberto, hermano del occiso, y yo hiciéramos el reconocimiento.

—Un momento, por favor —dijo la doctora—. Como ustedes saben, ya pasaron casi 30 días desde la desaparición, y los restos encontrados están en avanzado estado de descomposición. Estamos acondicionando



todo para que pasen. Por favor, colóquense estos cubrebocas; si no soportan el olor y tienen ganas de vomitar, salgan inmediatamente. Llevo alcohol por si alguno de ustedes se siente mal. Tengan esta ramita de ruda; pónganla atrás de su oreja. Es para que no vayan a “agarrar un aire”.

Nos extendió dos ramas de ruda y las colocamos tal como dijo. Nos condujo por un estrecho pasillo y conforme avanzábamos, un olor nauseabundo e insoportable inundaba el ambiente. Un ayudante de la doctora roció una sustancia. Entramos a un cuarto como de tres por tres metros, cubierto de azulejo blanco, con una pequeña ventana hacia el interior del edificio, que impedía la entrada de luz natural. Yo iba delante de Humberto; miré hacia la derecha y vi una gaveta abierta donde estaban un pantalón de mezclilla deslavada, un tenis, el pie izquierdo mutilado a la altura del tobillo sumamente inflamado y cubierto de larvas, una playera verde con estampado de camuflaje, una sudadera verde, un fémur; de la mandíbula inferior completamente descarnada, colgaba el puente dental..., un calcetín enlodado. Un gran zumbido inundó mis oídos. Escuché

un grito de animal herido, un lamento de profundo dolor, que desgarraba. Era Humberto al reconocer la ropa de su hermano. Lloró, maldijo. Corrió a mis brazos buscando protección y alivio. Lloramos. La doctora nos pidió que identificáramos el pie, la única parte con tejido; aún conservaba las uñas. Los pies de Gustavo eran iguales a los de mi hermana: las pequeñas uñas en forma de luna menguante.

—¿Y la cabeza, el tronco, los brazos, las piernas, el otro pie, dónde están? — pregunté, asombrada.

—Esto es lo que encontramos ayer por la noche. Como estaba lloviendo ya no buscamos más, y no tenemos personal para que nos ayude. Solicitamos la presencia de perros que vienen de Toluca; mañana estarán como a las 10 de la mañana. Sabemos de otro hallazgo, cerca de las minas de grava de Tlalmanalco. Lo que pueden hacer es solicitar al Ministerio Público que, antes de ir a las minas, los apoyen y lleven a los perros donde encontramos estos restos.

Humberto y yo nos vimos uno al otro. Su mirada ya no era transparente ni vivaz sino dura, ausente. Sentí que algo en mí había muerto...



La búsqueda no iba a ser fácil porque el campo de cultivo de maíz cubría varias hectáreas, y las plantas alcanzaban casi su máxima altura. Mi primo el Gordo, integrante de nuestra brigada de búsqueda, nos comunicó por celular que había encontrado un antebrazo. Preguntaba, angustiado, si podía recogerlo y trasladarlo a la Subprocuraduría. Mi hermana y yo, que aún estábamos ahí, informamos del hecho. Las autoridades nos dijeron que no se podía levantar el fragmento del cuerpo porque no estaba la legista; había acabado su turno. Y el médico del nuevo turno se había trasladado a otro municipio y no sabían a qué hora llegaría. Que evitáramos recogerlo porque estaríamos incurriendo en un grave delito. La brigada dejó la búsqueda porque la lluvia entorpecía los trabajos; se abandonó el antebrazo aunque el lugar quedó señalado.

Al otro día, toda la familia estaba en la Subprocuraduría. Esperamos la llegada de los perros. El subprocurador había aceptado que éstos ayudaran en la búsqueda de mi sobrino.

Nos dirigimos a Santo Tomás, al sembradío de maíz; éramos una caravana conformada por dos camionetas de la Procuraduría del Estado de México; dos hombres, dos mujeres, tres perros; una patrulla local con dos hombres, la legista de la Subprocuraduría con una acompañante, así como algunos familiares y amigos en sus respectivos automóviles; además, el reportero de *Amaqueme*, el periódico regional. Recorrimos aproximadamente dos kilómetros desde la salida norte de Amecameca rumbo a la Ciudad de México. Nos desviamos en la curva denominada El Venado; transitamos sobre un camino asfaltado de unos 200 metros. Después, por una terracería flanqueada por sembradíos de maíz. Nos detuvimos donde el Gordo había dejado la marca del fragmento de cuerpo. El lugar estaba cercano a una zona boscosa, al pie del Iztaccíhuatl. El olor a pinos, oyameles, cedros y tierra mojada inundaba el lugar. Me llamó la atención que en un lugar había partes automotrices y un montón de ropa de niños, mujeres y hombres a medio quemar. Se acercaron los policías ministeriales; inspeccionaron rápidamente.



—¿Ya vieron? —dijo uno de los policías mientras removía restos con una vara—. Aquí desvalijan automóviles. Por lo visto, se hace de todo; hay ropa quemada y de buenas marcas.

Se hizo un silencio bochornoso.

—¡Cállate, güey! —le dijo, dándole un codazo, su compañero—. El horno no está para bollos.

Nos explicaron que los perros estaban entrenados para encontrar cadáveres enterrados o restos humanos a la intemperie. El líder del grupo eligió un perro pastor alemán; lo sacó de su jaula con una correa. Le dijo palabras cariñosas y lo dirigió a la entrada del sembradío.

—Voy a soltar al perro; si hay algo, va a encontrarlo rápidamente.

El perro estaba nervioso, jadeante. El ministerial lo soltó. El animal se internó entre las milpas. El ministerial corrió tras él. Y todos, tras el ministerial. Las milpas nos impedían el paso. El calor caía a plomo. La humedad era muy alta. Llegamos al lugar donde el perro se paseaba nervioso y ladraba. Había encontrado el otro calcetín de Gus, restos de cabello y muchas heces de perro, de color rosado.

—Doctora, tome muestra de las heces que rodean este lugar —pidió el legista—. Su color nos hace pensar que al occiso se lo comieron los perros.

Se tomaron las muestras y se levantó el calcetín. El perro corrió hacia una casa cercana. La autoridad solicitó permiso para que el perro entrara al patio. Una pequeña alambrada limitaba los sembradíos.

—Yo fui a dar parte a la autoridad porque nos impactó mucho que mi perro entrara a la cocina con lo que parecía un brazo humano —dijo el dueño luego de asentir con la cabeza—. Tratamos de quitárselo, pero se echó a correr y se fue entre las milpas.

Cuando escuchamos eso, mi primo el Gordo comenzó a llorar:

—¡Fue la parte que vi ayer!

Nos dimos a la tarea de seguir buscando, pero no obtuvimos resultados. La radio de los policías solicitaba la presencia de los perros en las minas de Tlalmanalco. Los peritos dieron por terminada la búsqueda. El hallazgo en ese lugar sería noticia nacional: eran los cuerpos de los desaparecidos de la Ciudad de México, aquellos que sacaron del bar After Heaven, en la Zona Rosa.





El regreso a las oficinas de la Subprocuraduría fue difícil: confusión, desorden, orden, contraorden, declaraciones, subir, bajar... Un conocido que trabajaba ahí me mandó un mensaje por celular y me citó fuera del lugar.

—Lamento mucho lo de tu sobrino. Tú sabes cuánto los aprecio; tú y yo nos conocemos desde niños. Por eso te aconsejo que busquen ayuda por otro lado. Aquí van a “desaparecer” las evidencias, los van a cansar y va a empezar un vía crucis para tu familia. Grupos que controlan la región los van a hostilizar, a amenazar, a amedrentar. Van a correr muchas versiones de los hechos; a los testigos los van a callar. Y, bueno... Tú sabes... Estos grupos tienen ojos, oídos en todos los lugares y en todas las instituciones. Recurran a otras instancias. Este es un proceso largo. Me estoy jugando mi trabajo y mi tranquilidad al decirte esto. ¡Buena suerte! Y en verdad lamento lo sucedido.

Mi hermana solicitó los restos para darles sepultura; la autoridad se los negó. Argumentó que, a pesar del reconocimiento de los objetos —celular, llaves, ropa—, no era suficiente. Debía hacerse una prueba de ADN, pero

eso tardaría muchos meses. Dijo que ya se había tomado la prueba del pie que contenía tejido y que enviarían el fémur para análisis, pero que en Amecameca no tenían laboratorio para realizarlo, que debíamos esperar a que, desde la ciudad de Toluca, mandaran a una persona a recoger las pruebas porque no había con quién enviarlas.

Mi amigo, al escuchar esto, me escribió otro mensaje que decía: “Busquen ayuda en Toluca. Es muy importante que se lleven las pruebas hoy mismo. ¡Muévanse!”

Gracias a la intervención de dos personas que ocupaban altos cargos en la administración pública estatal, quienes habían sido mis maestros en la Facultad de Ciencias Políticas, mi hermana, mi madre y yo trasladamos las pruebas a Toluca. Gracias a esta red de complicidades, mi hermana, personalmente, entregó al médico forense en turno los restos de su hijo y se sometió a las pruebas correspondientes de ADN para determinar el parentesco con los restos.

Al otro día, llegó el padre de mi sobrino para que le hicieran la prueba respectiva. Larga fue la espera para conocer los resultados; muchas, las lágrimas de



mi hermana. Largas fueron sus noches de insomnio; muchas, sus oraciones.

—¡Me quiero arrancar la piel! ¡No aguanto este dolor!  
—me decía por teléfono en ocasiones, a medianoche.

Mi hermana no aceptó ayuda psicológica. Me sentí rebasada: ¿qué puedes decirle a una madre que pierde de tal manera a uno de sus hijos?

A mediados de octubre de 2013 entregaron los restos de Gustavo. Lo velamos y al otro día se celebró una misa de cuerpo presente, aunque sólo velamos y enterramos la ropa, un fémur, un pie y la mandíbula inferior.

Al mediodía salimos de la parroquia de Amecameca e iniciamos la marcha hacia el panteón el Castillo, al ritmo de “A mi manera”, interpretada por una banda de música. Familiares, amigos y vecinos nos acompañaron; uno de ellos me tomó por el brazo.

—Salió positiva la prueba de las heces de los perros —me dijo al oído—. Efectivamente, devoraron un cuerpo humano. No puedo afirmar que fue el de Gus, pero no hay elementos para afirmar que sea de otra persona. 🍷





*Sólo el espacio sabe lo que ocurrió*

**De la serie: 542**

**David López**

**Técnica: Instalación con tela, escalera y bote de pintura**

**2017**

## AZARES DEL DESTINO

*Olivia Hernández Guadarrama*

**M**i abuelo, Palemón Hernández Pezaña, falleció de insuficiencia respiratoria por haber fumado gran parte de su vida. Diez horas estuvo velándose el cuerpo del abuelo en la sala. El día anterior, mi tía Emma lo había llevado a urgencias porque se le dificultaba respirar. Cuando llegó al hospital del IMSS, en la ciudad de Toluca, los médicos poco pudieron hacer. Una hora después lo declararon muerto. Con la familia ya reunida, pidieron que un familiar reconociera el cuerpo ante la trabajadora social para cumplir con los trámites necesarios y buscar los servicios funerarios.

Cerca de las 11 de la noche, mi abuelo llegó a casa. Lo acompañaban su esposa, mi abuela Lupita; sus hijos, Rogelio y Sergio; sus hijas, Emma y Beatriz. Faltaba mi padre, Horacio, a quien ya se le había avisado y cuyo arribo del estado de Morelos esperábamos, junto con el de mi hermano Gabriel, quien trabajaba con él.

Tristes por la pérdida de quien fuera el pilar de una familia de cinco hijos, los hombres mayores se encargaron de vestirlo. Le pusieron su traje de grano de pólvora, un elegante atuendo. Todos vimos el rostro del abuelo tranquilo, en paz, descansando, como si hubiese arreglado todo antes de partir. Algunos notamos facciones y rasgos extraños, pero no le dimos importancia.

A la mañana siguiente, mi hermano Gabriel le pidió permiso a mi abuela para abrir el ataúd y despedirse.

—¡Este no es mi abuelo! —exclamó mi hermano.

—No digas tonterías —lo reconvinó, incrédula, mi abuela—. Te vas a condenar por andar de blasfemo.

—No es mi abuelo —reiteró ante la mirada atónita de quienes permanecíamos en la sala.

Mi abuela se acercó a ver el cuerpo y se alejó. Regresó a verlo para cerciorarse de la afirmación de su nieto. Pidió que le quitara los calcetines; mi hermano obedeció. La abuela, sin lugar a dudas, exclamó:

—¡No es! Hace tres días le corté las uñas de los pies y este señor las tiene largas.

Así fue como mi abuela comprobó que el hombre con el que había vivido 55 años de matrimonio no era el

que estaba ahí. En ese momento, sólo nos encontrábamos mis tías, mi abuela y mis hermanos, quienes me pidieron que fuera al centro del pueblo a hablarle a mi tío Sergio. Corrí como nunca. Llegué al teléfono público y le comenté rápido lo sucedido. Mi tío me recomendó que no moviéramos nada y dijo que llegaría lo más pronto posible.

Regresé corriendo desaforadamente. Vi una carroza y tres personas caminando al frente. Buscaban la calle Juárez 306. Me acerqué y los escuché decir que había ocurrido un error: dos hombres de 86 años habían fallecido con cinco minutos de diferencia, de la misma enfermedad, circunstancia que propició la confusión.

El cuerpo de mi abuelo había sido llevado al municipio de Ixtapan de la Sal. Supongo que allá pasaron por el mismo procedimiento que en casa: lo cambiaron, lo velaron y se dieron cuenta de que no era su familiar.

Con los dos cuerpos en casa escuchamos las excusas de la trabajadora social, quien argumentaba que no era su error porque había solicitado que los familiares reconocieran a su respectivo deudo. A nadie le interesaba saber qué había pasado: los familiares queríamos velar y sepultar a nuestros respectivos muertos.

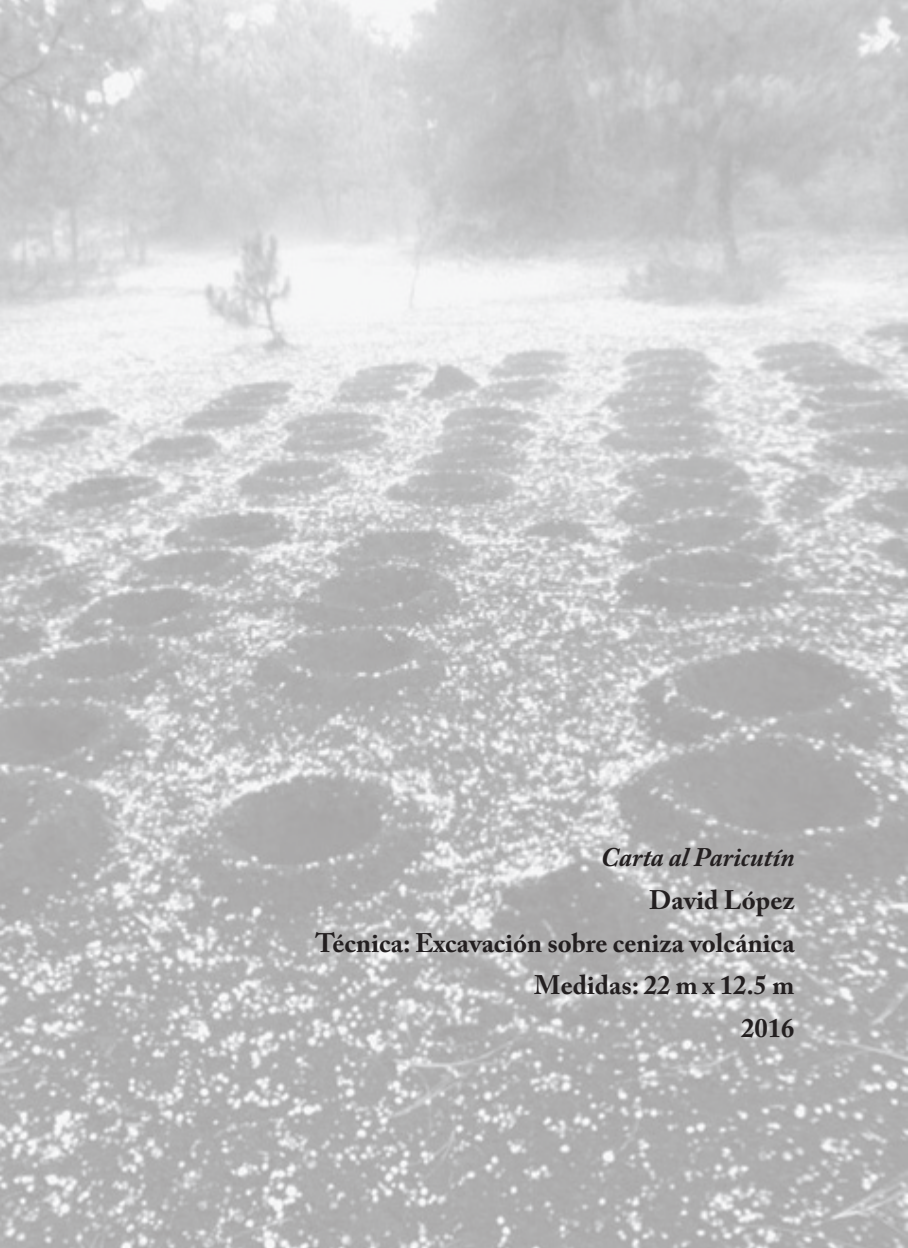


Olivia Hernández Guadarrama

Un año antes, mi abuelo estuvo en terapia intensiva. A su regreso nos contó que había soñado su muerte y que, por azares del destino, iba a parar a otro lugar que no era su casa. 🍀







## DOS VECES DESAPARECIDO

*Olivia Hernández Guadarrama*

Cecilia ha quedado loca. Tiene la mirada perdida. Cuando está relativamente tranquila se asemeja a un zombi: le hablan y no contesta. Sus verdaderas crisis surgen cuando “no se halla”: camina de un lado a otro y se rasca todo el cuerpo. Se agarra la cabeza como queriéndose arrancar los cabellos por mechones. Ahoga un grito que quisiera traspasar fronteras.

Cecilia tiene 56 años, pero aparenta 70. Es el reflejo de la vida desdichada que tuvo al lado de su marido golpeador. Tal sufrimiento pareció que se acabaría cuando quedó viuda, pero la ausencia de su hijo José Luis la devastaría más que la brutalidad de su esposo.

La única información que tuvo Cecilia fue que José Luis se dirigía a Nueva Italia, Michoacán, adonde había estado trabajando el último año como contratista en la construcción de la carretera estatal que conecta con

*Carta al Parícutín*

**David López**

**Técnica: Excavación sobre ceniza volcánica**

**Medidas: 22 m x 12.5 m**

**2016**

Aguililla. Un sábado le hablaron por teléfono a José Luis para informarle que la empresa ya estaba solvente y que iban a liquidarle el adeudo que había quedado pendiente.

—Allá nos vemos. El lunes por la mañana lo busco. Y le agradezco que hayan hecho los trámites de mi pago.

Su familia supone que le habló un ingeniero con el que había trabajado José Luis. Nadie sabe a ciencia cierta a cuánto ascendía el adeudo; especulan que era un monto de 250 mil pesos.

El lunes que José Luis llegaría a Nueva Italia, Cecilia corrió tratando de alcanzar el teléfono, pero cuando descolgó el auricular, ya habían colgado. Como presintiendo algo, no se movió en toda la tarde esperando la llamada de su hijo, quien la tenía acostumbrada a reportarse cada vez que llegaba o se iba de algún lugar.

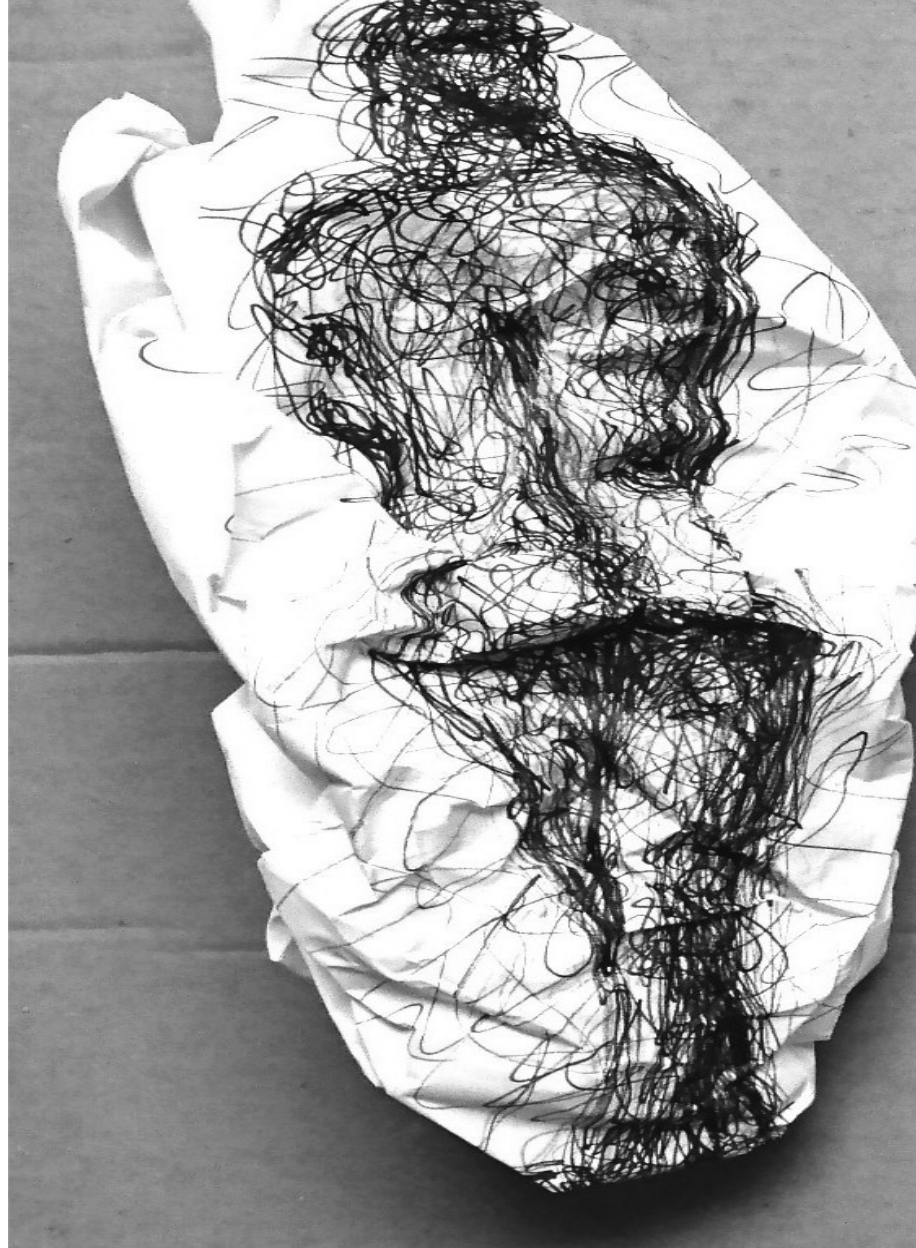
De José Luis nada volvió a saberse. Dos de sus hermanos fueron a Michoacán a buscarlo.

—¿A dónde van? ¿De dónde vienen? ¿A quién buscan? —les preguntó en el autobús un grupo de hombres—. Mejor váyanse. No le busquen o los desaparecidos de su familia van a ser más.

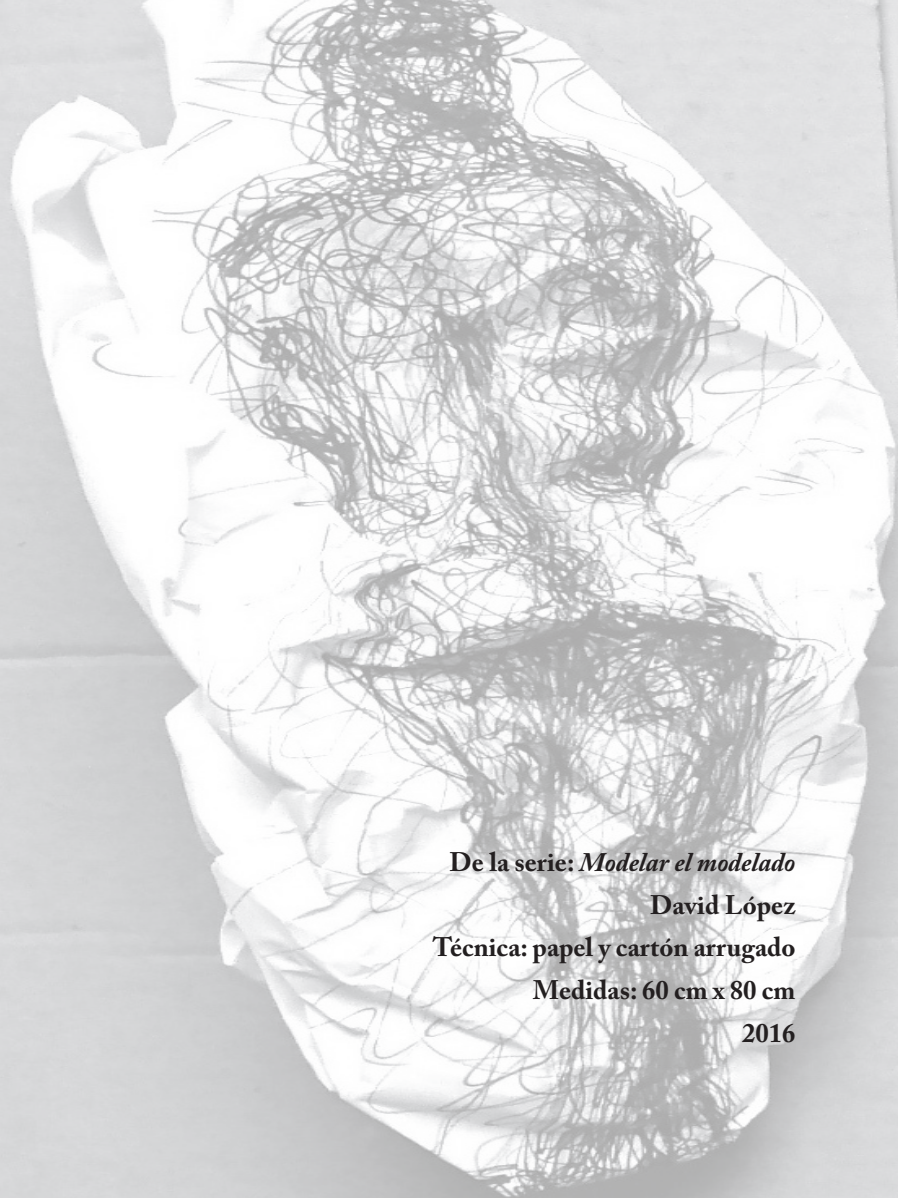


Cecilia se consumió en la desesperación. Una y otra vez pregunta: ¿Por qué no me ha llamado? Intuye que su hijo no volverá. Por eso sus nervios están a punto de matarla pensando qué sería de él; si está vivo o muerto, sepultado en una fosa clandestina. Por las noticias se sabe que en Michoacán hay violencia a diestra y siniestra por parte del Ejército, paramilitares, policía, narcos y delincuencia organizada.

Cecilia es madre de uno de los miles de desaparecidos en México. Según la Secretaría de Gobernación y la Procuraduría General de la República, hasta el 31 de diciembre de 2014, se tenía el registro de 25 230 personas extraviadas o desaparecidas. José Luis no forma parte de esa estadística. Ni su madre ni sus hermanos denunciaron jamás su desaparición. ❧







**De la serie:** *Modelar el modelado*  
**David López**  
**Técnica:** papel y cartón arrugado  
**Medidas:** 60 cm x 80 cm  
**2016**

## MAÑANA NOS VEMOS

*María del Pilar Tapia López*

**E**sa mañana salí para la escuela a las 6:45. Le gritaba a mi papá que se apurara porque ya se me había hecho tarde y tenía que preparar una exposición. En realidad quería llegar a platicar con mi amiga Ana. Pero era uno de esos días en que pareciera que el destino conspira y hace que todo suceda para que uno no llegue a tiempo. En cada esquina, un semáforo en rojo. Mi papá le subía el volumen a la voz de Ricardo Rocha. Yo miraba impaciente el reloj e intentaba cambiar de estación. Sin embargo, cada vez que lo hacía, escuchaba el gruñido de mi papá, y mi dedo índice se retiraba de los botones del estéreo.

Unas cuadas antes de llegar a la Secundaria 7, había mucho tráfico. Los coches no avanzaban y se escuchaba la sirena de una ambulancia que se dirigía a donde estábamos. La gente corría por la calle Josefa

Ortiz de Domínguez. Oí el sollozo de una señora. Algunos compañeros corrían para ver qué pasaba. Bajé el vidrio del auto para asomarme. Vi dos carros delante de nosotros, pero no distinguía bien. Le dije a papá que mejor me iba caminando; él contestó que no sabíamos qué había pasado y no quería que me llevara una fuerte impresión. Permanecí dentro, mirando hacia el frente. A lo lejos escuché: “¡Ana, por favor!” Sentí miedo, escalofrío por todo el cuerpo. Me bajé sin preguntar. Corrí. Era la mamá de Ana, tenía sangre en la frente y gritaba. Los paramédicos trataban de sacar con cuidado el pequeño cuerpo de Ana, ensangrentado, inmóvil.

Ana, quien desde el primer día de clases, en primero, se había hecho mi amiga... Ana, la mejor estudiante, no hablaba. Su mamá seguía gritando. Escuchaba las voces como si estuvieran hablándome al oído, contándome lo que había sucedido: un automóvil se pasó el alto a toda velocidad, el coche de la mamá de Ana circulaba atravesando la calle, y el auto que iba a toda velocidad la embistió. Momentos antes, mi amiga le había dicho a su mamá que mejor se iba caminando y se quitó el cinturón

para bajarse... Su cabeza chocó contra la ventana lateral y la estrelló. Ese golpe la mantenía dormida.

Me acerqué a la mamá de Ana, pero como muñeco de trapo caí; no pude mantenerme en pie. Los paramédicos le dijeron a la señora lo que todos sospechábamos, pero que nadie se atrevía a verbalizar: Ana no despertaría. Ese sueño sería eterno.

La madre gritó de dolor. La vi derrumbarse, a ella, que se desvivía por su única hija. Vi a mi mejor amiga sobre una camilla sin saber a dónde la llevaban. Pero comprendí que jamás regresaría al salón donde habíamos sido cómplices de miles de historias. Yo no podía hablar. Sentí las lágrimas rodando por mi cara. Yo tenía 15 años y no volvería a ver a Ana, con quien había hablado por teléfono una noche antes, quien me dijo que nos viéramos a las 6:45 porque quería contarme algo muy importante. 🌸







*Sólo el espacio sabe lo que ocurrió*

**David López**

**Técnica: Instalación con tela**

**2017**

## PASAR EL RÍO

*José Luis Vilchis García*

**E**l sábado 16 de marzo de 1985 no podía conciliar el sueño. Camila no dejaba de ladrar y aullar. A las cinco de la mañana mi madre entró a la recámara, procurando no hacer ruido. Nos llamó a mi hermano Raúl y a mí en voz baja, para no despertar a mis otros tres hermanos.

—Ándenle: vengan a ayudarme —nos dijo—. Su papá se puso mal.

En alguna ocasión, escuché a mis hermanos mayores decir que los ataques epilépticos venían presentándose con más frecuencia. Nunca había vivido esa situación y no sabía qué hacer. Al entrar a su recámara quedé atónito. Mi padre se convulsionaba incontrolablemente. Él era de baja estatura, delgado, de cabello negro, facciones finas, ojos café claro.

—Ándale, ayúdame, no te quedes ahí parado. Agárrenlo fuerte —decía mi madre mientras le colocaba



un palo de madera en la boca para que no se mordiera la lengua. Le atamos las manos con trapos a la cama. Lo medio sentamos poniéndole algunas almohadas.

Yo lo abrazaba mientras limpiaba el sudor de su frente y la saliva.

—Voy a buscar a algún médico —dijo mi mamá—. Me llevo a Raúl. Quédate con él. No lo dejes.

No teníamos teléfono; estábamos lejos de los centros de salud, a orillas de la ciudad de Toluca. El hospital más cercano se encontraba como a tres kilómetros. Vivíamos a las orillas de San Buenaventura, Estado de México.

Escuché que cerraron la puerta despacio. Yo abrazaba a mi padre. Mis lágrimas rodaban en su pecho, y él me miraba desesperado, como queriendo decirme algo. Pensé en quitar el pedazo de madera de su boca, pero tuve miedo de que fuera a lastimarse por mi culpa. Sólo lo abracé y cerré los ojos rezando a Dios para que se compadeciera de él y lo sanara.

Mi mente viajó en el tiempo, diez años atrás, a aquellos días cuando mi padre, lleno de vitalidad, en tiempo de vacaciones, me decía: “Joselo, voy a ir al rancho y quiero saber si vas a acompañarme. Mañana mismo nos iríamos”.



Ir al rancho era quedarse mínimo una semana para visitar a algunos familiares, recorrer grandes distancias, atravesar barrancas, milpas, llanos... Y mientras caminábamos me tomaba de la mano y me contaba historias de cuando él era joven e iba al monte por leña y se topaba con coyotes o víboras, ardillas o algún otro animal.

La aventura se iniciaba cuando abordábamos el camión guajolotero que transportaba ropa, canastas, ollas, cazuelas, borregos, gatos, perros y guajolotes... Eran como tres horas de viaje, pero a mí se me hacían como mil. No me aburría porque iba viendo el paisaje con la nariz pegada a la ventanilla, mientras que mi papá dormía plácidamente durante el trayecto.

El primer lugar al que llegábamos era la casa de mi abuela, que estaba a un kilómetro de la parada de Palo Mancornado, una ranchería cercana al paradisíaco Valle de Bravo. Lo primero que nos ofrecían, fuera cual fuera la casa a la que llegáramos, después de saludar, era un pulque; no importaba que fuera mañana, tarde o noche. Para mi padre era su gusto; nada lo podía superar ni siquiera su guitarra, su vida, compañera que llevaba a todos lados, pues era su fuente de ingresos. No tenía un



lugar fijo de trabajo. Su aprendizaje fue lírico, de oído. Con sólo escuchar la melodía, la tocaba a la perfección. Trabajaba en las ferias de los diferentes municipios y en las de Aguascalientes, Guadalajara, San Juan de los Lagos, San Luis Potosí... También tocaba en cantinas, pulquerías y camiones de Toluca. A su guitarra le añadió una armónica como acompañamiento; tenía un gran repertorio.

Mi padre era tan buen ser humano que muchas veces vi que se quitaba la camisa nueva y se la daba a alguien que la necesitaba. Cambiaba sus botines o botas por el calzado de otra persona porque el que traía ya estaba roto. Siempre iba preparado y cargaba otro par, pero de nada servía, pues siempre llegaba a la casa con zapatos viejos y rotos, o se quitaba el taco de la boca para dárselo a quien no tenía.

Quería mucho a los niños; tal vez por eso fuimos doce hermanos. También amaba a los animales; en especial, a los perros.

—Mira Joselo, esa perrita me va a ayudar a pasar el río cuando me muera —me decía siempre, señalando a Camila.

A las 6:40 de la mañana, las convulsiones volvieron a sacudir su delgado cuerpo con mucha fuerza. Yo seguía abrazándolo contra mi pecho mientras lloraba en silencio, sintiéndome impotente. Mi padre sólo me miraba y me miraba como queriendo decirme algo. Dejó de moverse. Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo. Su mirada estaba perdida en el techo de la habitación. Su cabeza cayó sin fuerza en mi brazo. Vi que no se movía y le retiré el palo de la boca, la cual quedó abierta.

—¡Nooo! Papá, dime algo —grité desesperadamente.

Escuché ruidos y voces. Eran mi madre y mi hermano acompañados de un doctor que sacó algunos aparatos de su maletín, los cuales ya no usó. Colocó la mano en el cuello de mi papá. Se acercó a escuchar su pecho. Se incorporó, cerró los ojos de mi padre, quien tenía 48 años. Con voz compasiva se dirigió a mi madre.

—Lo siento. De verdad, lo siento —le dijo—. Ya no se puede hacer nada.

Mi madre, desconsolada, lloró y lloró.

El médico salió cabizbajo.

—La espero acá afuera para hacer los trámites del deceso.



Abracé a mi hermano y a mi mamá.

—Hay que avisarles a todos tus hermanos —me dijo ella.

A las 10:30, la casa comenzó a llenarse de gente, la mayoría conocida. Llegaban con flores de diferentes tamaños y colores, coronas, veladoras, cirios... Un olor parecido al panteón invadió la casa. Más tarde llegó una caja de madera y más familiares de mi padre con el atuendo de San José. Mis hermanos mayores anduvieron arreglando lo referente al panteón. Toda esa noche se veló.

Mis hermanos discutieron la pertinencia de sepultarlo en Toluca o llevarlo al panteón del rancho, cerca de Villa Victoria. Por fin tomaron la decisión de que se enterrara en el municipal, supuestamente para que fuéramos a visitarlo seguido, cosa que no sucedió. Sólo lo hicimos en los primeros meses de su partida.

El 17 de marzo a las 12:30, llegaron la carroza y un autobús para transportar a la gente al panteón municipal. Llegamos a las 13:30. Ya había gente que se había adelantado en su auto. Durante el descenso de la caja un grupo musical interpretó las canciones que le

gustaban a mi padre: “Puño de tierra”, “México lindo y querido”, “Mi cariñito”, “Paloma negra”, “Cielo rojo”, “Caminos de Michoacán” y “Las golondrinas”.

El viento soplabla como si también llorara. Mi madre juntó a los 12 hermanos; la mitad casados, algunos con hijos; los demás, solteros. Yo tenía 19 años; como el mayor de los hermanos menores, debía estar al frente, no sabía cómo actuar. Miles de cosas pasaban por mi cabeza. Sentía un vacío tan grande que también quería morir.

A las 15:45 salimos del panteón. De vuelta a casa, había mucha gente que regresó para comer. Ya no se rezó. Yo me fui a mi recámara y dormí como nunca antes. A la mañana siguiente, desperté a la realidad. Mi papá ya no estaba ahí con el vaso de té de ajeno que cada mañana nos daba dizque para la buena memoria ni con su rica salsa asada que a diario hacía en el molcajete, acompañada de un taco de papas hervidas o de un nopal asado en el comal. Tampoco volvió a decirnos: “Ándenle: ya levántense. Tómense su té y vayan a barrerles a los marranos, a echarles su alimento a los pollos y a darles agua para que hagan hambre”.

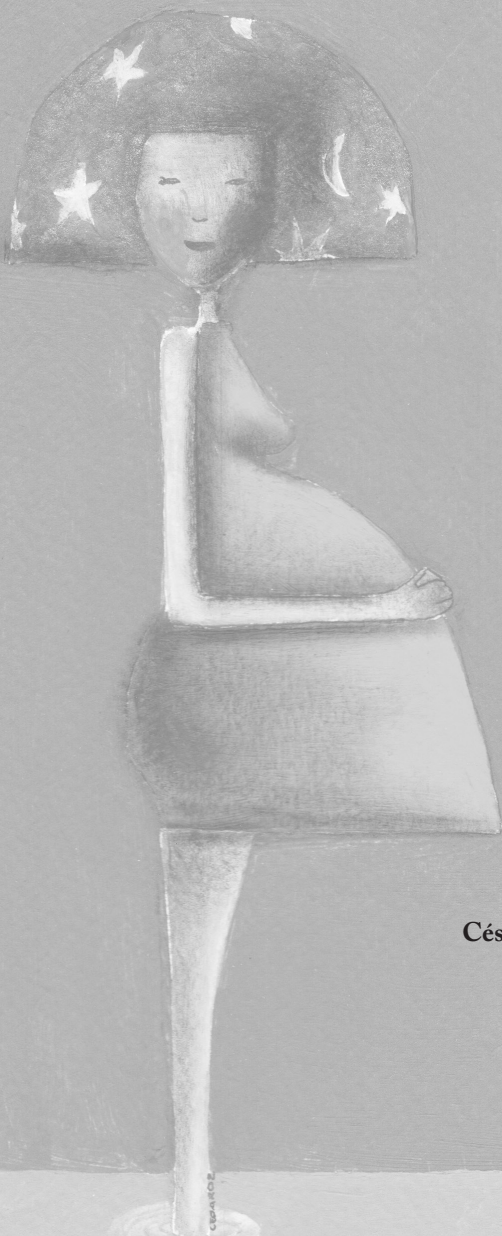


José Luis Vilchis García

Los días pasaron y cada madrugada creía verlo.  
Treinta años después todavía me parece que lo veo  
asomarse a nuestro cuarto para despertarnos y dirigirse  
a la cocina a preparar el té de ajeno... 🍷







*Ensueño*  
César Méndez Rodríguez  
Técnica: acrílico  
2002

## LA DESNUDA LUZ DE LUNITA

*Anónimo*

Un sábado a mediodía, Renata se encontraba en el baño de la casa de Víctor, su novio, a punto de abrir la prueba de embarazo. Colocó la orina en la prueba. Esperó cinco minutos. Cerró los ojos y esperó diez minutos. Presentía que sería positiva. Abrió los ojos; sus manos temblaban, su corazón estaba agitado. Un frío la cubrió: *positivo*. No quería tener un hijo a los 19 años. No, con tantos sueños y metas por cumplir. Debía terminar la licenciatura: trabajar, forjarse un futuro, ser un ejemplo para sus hermanas, convertirse en una gran profesionalista... Y ahora, todo ese esfuerzo no valía más la pena. Entró en *shock* y salió del baño. Afuera la esperaba Víctor, quien de inmediato preguntó: “¿Qué pasó? ¿Qué dice la prueba?”.

Después de unos minutos, Víctor le dijo que todo estaría bien, que juntos lo cuidarían y serían buenos

padres. Pero Renata no quería ni escucharlo. Su mundo perfecto, por el que había luchado tanto, se derrumbaba. Y un miedo inmenso se apoderó de ella. Le empezó a preocupar cómo decírselo a sus padres. En especial a su madre, con quien desde hacía cuatro años no se llevaba bien porque no quiso estudiar la carrera que había elegido para ella.

Las primeras ocho semanas de embarazo fueron caóticas: la confirmación del embarazo con una prueba de sangre, la consulta con el doctor que les ayudaría a abortar, la visita a los padres de Renata..., la histeria de la madre al saberlo, las lágrimas de la hermana menor, el cambio a la casa de Víctor y las náuseas que la acompañaron los tres primeros meses, cuando todavía no se le notaba el embarazo. Eso era lo que más le preocupaba; pensaba en las críticas, en el rechazo de sus compañeros de clase, en la opinión de sus maestros, a los que se había esmerado en demostrar que era una alumna estudiosa y responsable. ¡Dios, qué vergüenza!, pensaba. Decidió cubrir su vientre con ropa floja. A pesar del calor, Renata nunca se quitó la chamarra hasta que llegaba a casa. Por eso, la mayoría de sus maestros

se enteró de que sería madre cuando ella pidió permiso para faltar la última semana del embarazo.

Diariamente debía levantarse a las 4:30 de la madrugada con el olor nauseabundo del río Lerma; su primera actividad era dirigirse a la taza del baño para volver el estómago. Esa rutina solía despertar a su cuñado de 14 años, quien tomó a las sonoras arcadas como su despertador. Una de esas mañanas, Víctor, de manera excepcional, la llevó a la universidad en el auto de su papá. Renata siempre se transportaba en el urbano para llegar a clases. En el transcurso del viaje, Renata se sintió mal; tenía muchas ganas de vomitar. Cuando llegaron al estacionamiento de la Facultad, volvió el estómago dentro del coche y se manchó la ropa; tuvieron que regresar a casa. Apenas entraron, la suegra, con sonrisa burlona, preguntó qué le había pasado. Se limitó a seguirle el juego y reírse. Regresó a la universidad, pero durante toda la tarde Renata lloró mucho. No quería tener esos episodios, esa vergüenza. Ese incidente sirvió para que ella se regañara: “¡Pendeja! ¡Tú te lo buscaste! ¡Ahora aguantas y sales adelante!”



El cuarto y quinto mes no fueron muy diferentes a los tres primeros, aunque sufrió menos náuseas. La panza seguía creciendo; rara vez, Renata dedicaba tiempo para platicar con el bebé. En el sexto mes, el doctor le dijo que iba a tener una niña. Esa noticia la decepcionó; en su afán por complacer a Víctor, ella también quería un niño. Además, la vida era más fácil para los varones, creía.

Durante el séptimo y octavo mes, su vientre crecía a la par que su vergüenza. Por eso seguía en la ardua tarea de cubrir su estómago. La bebé ya daba pataditas y era muy evidente cuando se movía. Esos movimientos podían ser tan bruscos que a ella le dolían. Mientras, a Víctor le parecía increíble que su hija respondiera a sus pláticas y se moviera con tanta energía. Renata no podía emocionarse ni amar a su bebé, a pesar de que cada día se acercara más el nacimiento.

En el noveno mes, Renata avisó a sus maestros de su ausencia; la mayoría no se había dado cuenta. A algunos les dijo que debían operarla. Y a quienes les tenía más confianza les dijo la verdad.

Las labores de parto se iniciaron una semana antes de la fecha programada. El jueves por la tarde comenzaron los malestares; al principio, sólo era una pequeña sensación de dolor con la que pudo dormir. Sin embargo, al mediodía del viernes los dolores se intensificaron. A la una de la tarde, Renata decidió tomar un baño en una tina con agua caliente y hierbas que su suegra le había recomendado para aminorar el dolor y acelerar el parto. Pero no le proporcionó mejoría. Renata y Víctor decidieron ir con el doctor que la había estado atendiendo. El médico le dijo que regresara cuando los dolores fueran cada 20 minutos. Volvieron a casa. Víctor la acompañó hasta entrada la tarde porque él debía salir a trabajar a un bar lejano.

Esa noche Renata no durmió porque los dolores se presentaban cada media hora y con mayor intensidad. Para aminorarlos caminó alrededor de su cama toda la madrugada. A las cinco de la mañana, los pasos de Víctor, al subir las escaleras, fueron una melodía para sus oídos. Al fin se sentiría acompañada en su labor de parto. Víctor la encontró sentada en la cama; le preguntó cómo se sentía. Renata se levantó llorando y se abrazaron. Ese



fue el abrazo más fuerte y reconfortante que recibía de él desde hacía mucho tiempo.

Esa madrugada fue extenuante; los dolores no cesaron. Apenas amaneció fueron a ver al doctor. Sólo estaba la doctora de guardia, quien no era muy cálida pero sí muy confiable; a diferencia de la esposa del doctor, quien no era confiable pero muy sociable. La doctora de guardia le practicó el examen de cuello uterino: un centímetro de dilatación. Regresaron a casa. En cada una de las dos visitas siguientes sólo se dilató un centímetro. En la cuarta visita, a las cuatro de la tarde, el doctor y su esposa decidieron que el parto sería por cesárea: el cuello uterino no dilataría más.

Al final de la tarde, Víctor se fue a trabajar. Se despidió de ella con un beso y un abrazo. Le dijo que todo saldría bien y que se verían en la madrugada. Pero esa tarde, Renata se sintió abandonada y sola. Nunca olvidaría que él la había dejado en el momento más importante de su vida. Quizás ahí comenzó el principio del final.

A las seis de la tarde, Renata ya estaba en quirófano, esperando la anestesia local. No recuerda bien al anesthesiólogo, pero lo que nunca olvidaría sería que ella

pedía que la inyección en la columna se la aplicaran después del episodio de dolor; a pesar de presentarse cada minuto, había un pequeño espacio donde cesaba. El especialista se limitó a asustarla diciéndole que no se moviera porque si lo hacía podría quedar paralítica. Y sin más preámbulos, la inyectó. En realidad, la aplicación de la inyección fue un alivio comparado con el intenso dolor que le producía el trabajo de parto.

Después de la anestesia local, Renata permaneció relativamente despierta. Aún podía mover una pierna. Sintió que hubo dos intentos para abrir el abdomen y sacar a la bebé. El último tuvo éxito: un río se derramó en el quirófano. Después vino la bebé, de quien sólo escuchó el llanto. Inmediatamente perdió la conciencia; despertó camino a su cuarto. En el trayecto, la suegra la acompañaba. Sonó un celular. La suegra se lo pasó a Renata; era su papá, quien deseaba saber cómo le había ido en el parto. Ella contestó que, a pesar de no haber sido parto natural, todo estaba bien. Le pidió que no se lo dijera a su mamá para que no se preocupara más de lo debido.



Dos horas después, le llevaron a la bebita. La enfermera se la acercó a Renata. Un mar de alegría y lágrimas inundaron su corazón; abrazó a su hija con toda la fuerza que la pequeña podía soportar. Se presentó a la niña como si no supiera que aquella mujer despeinada y desvelada era su madre. Desde ese momento un amor profundo llenó su alma.

Ya en casa, Renata estaba asustada porque no sabía cómo la cuidaría. Aunque su suegra siempre estuvo cerca para aconsejarla, para ayudarle a lavar la ropa de la bebé, a preparar los biberones y su propia comida, Renata se sentía triste porque su mamá nunca fue a visitarla y el esposo tenía poco tiempo para ella y su hija. Y es que él debía ocuparse de sus clases, le aseguraba. Sin embargo, ella sabía que esa excusa no era del todo cierta, ya que pasada una semana del parto, Renata regresó a sus clases y podía ocuparse de la escuela, de las tareas y cuidar a su hija.

Quizá todo lo anterior ocasionó que una tarde, mientras la niña dormía en la cuna, cercana a la cama de sus padres, Renata pensara que su vida era un caos: no

había dinero y el esposo ya no la miraba como antes. Se sentía sola, gorda, estresada por el estudio... Cansada. La mayor parte del tiempo ella cuidaba a la bebé. Vivía avergonzada porque ya todos sabían, en la Facultad, que tenía una hija. Sentada en la cama tuvo un pensamiento estúpido: ¿qué pasaría si su hija falleciera? ¿Cómo reaccionaría? ¿Qué cambiaría en su vida?

Quince días después del nacimiento, una tarde soleada, Renata, por primera vez, bañaría a su hija. Calentó el agua, llevó la tina a su recámara y preparó el baño. Una vez listo, cerró la puerta, retiró a la niña de la cuna y la colocó en la cama. Después, con mucho cuidado, le quitó la ropa.

Los rayos del sol entraban destellantes por los grandes ventanales de la habitación. A Renata le encantaban los atardeceres en ese lugar. La recámara se iluminaba con una luz especialmente cálida. Y eso lo sabía su *lunita* aquella tarde; parecía que disfrutaba estar desnuda. La niña sonreía con una luz muy especial en sus ojos. Renata la cargó y la introdujo en la tina. Primero le lavó las piernas; luego, los brazos y el cuerpo. Finalmente, la cabeza. La pequeña apretaba con sus




manos los dedos de Renata al tiempo que sonreía. Ese baño fue el momento más hermoso que Renata había tenido con su hija. Desde ese día, las dos se conectaron. El amor de Renata era incondicional, infinito, puro, tan intenso que Renata podía dar cualquier cosa por su *lunita*.

Cuatro días después, la bebé comenzó a llorar en la madrugada. Despertó a sus padres. Renata se levantó a atenderla. La niña estaba muy mojada de orina y batida de excremento. Con palabras dulces, Renata se apresuró a cambiar a su *lunita*, quien dejó de llorar. La ropa con la que la vistió era totalmente blanca. Renata la abrazó y le dio el biberón; esperó a que eructara. Tardó un poco en dormir; al final, cedió a los arrullos y cánticos de su mamá.

A las seis de la mañana, la niña volvió a llorar, pero Renata no se levantó porque Víctor le dijo que la dejara llorar un rato, pues iba a malacostumbrarse a sus brazos; además, le hacía bien llorar.

A las siete de la mañana, Renata se despertó. De inmediato se dirigió a la cuna. Le habló cariñosamente, pero su *lunita* no respondió. Renata intentó de nuevo,



pero la bebita seguía sin responder. Se dio cuenta de que su hija no respiraba. *Lunita* estaba muerta. 



LOS FUEROS DE LA MUERTE. *Selección, edición y presentación* de Josefina Estrada, se terminó de imprimir en abril de 2018, en Lithokolor, S.A. de C.V. El tiraje consta de 500 ejemplares. Coordinación editorial: Lucina Ayala López. Corrección de estilo: Socorro Zepeda. Diseño de interiores de la colección: Eva Laura Rojas Almazán. Diseño de portada de la colección: Ixchel Díaz Porras.

*Editora responsable:*

GABRIELA LARA



El título de esta obra nos aproxima al privilegio que tiene la muerte de presentarse en cualquier momento, sin importar las circunstancias, tiempo ni lugar, no tiene más ley o código que arrebatara la vida, truncando amores, compromisos, deseos e ilusiones. De eso trata la selección de relatos que se presentan en este libro, la impronta que deja en los sobrevivientes la llegada de la muerte.

**SDC**

